

LA ARMADA

Organo del Comisariado y
la República. Director:
GENERAL DE

portavoz de los Marineros de
EL COMISARIO
LA FLOTA ■ ■ ■

Epoca I (Año II)

Cartagena 2 de Julio 1938

Redacción: Muralla del Mar, 7-1.ª izqda.-Teléfono núm. 1052

Núm. 71

Los timoratos, cobardes o ya cansados, que se aparten y nos dejen continuar hasta el fin de la guerra

Por encima de todo, ante todo y sobre todo, la guerra!

Una viva enseñanza para las democracias

Patriotismo integral

Nuestra fe apasionada de creyentes del pueblo, de su trabajo y su arte, de su ciencia y su gloria, de su honor y su honra, de su libertad señera como nación de patriotas soporta con dignidad cuanto pueda suponer olvido de nuestro derecho; de un derecho y de un rango que es una ejecutoria concedida y otorgada por la conciencia del pueblo.

¿Qué supone todo eso ante el deber sacratísimo de defender con la vida la independencia de España? No supone nada, absolutamente nada. Las ideas y las pasiones, esas pequeñas miserias, producto de la vanidad, tan estúpidas como pobres, que rebajan y envilecen, deben en horas solemnes ahogarse y estrangularse ante la fe luminosa de un amor que es nuestro suelo pisado y ensangrentado por las hordas extranjeras.

Los valores personales con ser toda una riqueza que no se vende ni se compra cuando es de nuestro espíritu, se deshonran y se pierden cuando en las horas dramáticas no saben despreciar su nombre para sumarse y fundirse con los valores anónimos de todos los combatientes, que dan su sangre y su vida no por el valor de nadie, sino de todos!

De todo un pueblo sangrante que clama venganza o muerte. ¿Qué supone ante esto el valor ni la vanidad de ninguno de nosotros? ¡Nada!

Pongamos, pues, ante todo y sobre todo nuestro deber de guerra, nuestra fe de victoria, todo lo demás nos sobra.

Nos basta con ser soldados del único Ideal capaz de abrazarnos y confundirnos a todos los hombres dignos: la libertad y la independencia de un pueblo y una Nación que corre a buscar la muerte, antes que verse sometida al yugo del extranjero.

Esta es la verdad: el «mach» Schmeling-Louis había despertado tanta expectación como cualquier acontecimiento internacional de esta hora. ¿Por qué? Es así la psicología y la condición de las gentes; pero además, que se lo pregunten a Hitler, que envió un telegrama al púgil ario puro otorgándole de antemano el título de campeón. Nadie tiene la culpa de que el fascismo guste de desorbitar todas las cosas, cuando las cosas se pueden solucionar con un puñetazo. A estas horas — es lo más probable — no será sólo Schmeling quien acuse los golpes administrados con tanta sandunga (quiere decir con tanta precisión) por el negro irresistible: serán también los mastodontes de la cruz gamada, que habrán visto evaporarse la cerveza y las salchichas con que pensaban festejar el triunfo.

El que a hierro mata, a hierro muere. Los nazis se han empeñado en demostrar al mundo que son una raza superior con esa cantinela de la sangre aria, y a lo mejor les sale el tío Paco con la rebaja. El tío Paco de Joe Louis ha tardado poco en la faena. En el primer «round», un ario menos. Y no por k. o. técnico, como se ha dicho, sino por k. o. a secas. Que todos sabemos de lo que es capaz un buen «manager» cuando el peligro está detrás de las orejas.

Sobre las tablas del «ring», derrotado y maltrecho, es posible que Schmeling pensara en el ridículo que el «führer» le había proporcionado ante los ojos del mundo. Mientras tanto, Hitler tal vez pensara también en algo parecido, porque no todos los días, por desgracia, se dan puñetazos en Norteamérica con efectos en Berlín. La deducción más clara de todo esto es que hasta en este simple combate de boxeo tienen las democracias una

Cualquier espectador inteligente de los sucesos de España podrá anotar, sin miedo a equivocarse, una observación de singular valor: la de que el pueblo comienza a reconocer que la raíz más profunda de su resistencia reside en el patriotismo. Basta examinar los comentarios suscitados por el último discurso del Jefe del Gobierno, si no fuera suficiente el discurso mismo, para comprender que el conflicto español ha salido ya de las siries y meandros doctrinales y se desarrolla en el ilimitado espacio del sentimiento nacional. El acierto del Gobierno consiste en haber sabido elegir las palabras que pueden producir la unanimidad de asistencia. Las ideas expuestas por el Dr. Negrín son el reflejo sensible del estado de conciencia más generalizado en el país. Ello explica su éxito. Y, también, el efecto desagradable causado por unos rumores que, brotados de se sabe qué peñas, aspiraban a ensuciar la fuerte corriente popular.

En nuestra Flota, la resonancia del discurso de Madrid no ha sido menos expresiva que en el Ejército y que en el Frente Popular. El tema de la Patria, como organismo amenazado. El de nuestra capacidad histórica, como elemento de fe, el de la generosidad como factor contra los invasores. Cuando a los dos años de cruenta lucha, con nuestros pueblos repletos de tragedia, con estampas espeluznantes en cada arruga del suelo; cuando a los dos años de padecer injusticias, traiciones y glacial indiferencia, que de todo hemos tenido y seguimos teniendo, el Gobierno sabe sentirse sereno, seguro y magnánimo, es que no hay posibilidad de vencernos. La Patria se despereza, la nacionalidad desentumece sus músculos, la Historia se refocila al presentir su renovación. Así obra la familiaridad con la sangre. La compañía del riesgo desproporcionado. Así excita lo desmesurado de la empresa. Nos hallamos, pues, ante un renacimiento de las grandes cualidades de lo español. Y cuando el ser nacional hierve, es fácil que el esterior ibérico deje escapar las luces de sus ocultos volcanes. La política, como la tierra blanda, que aguarda sementeras tranquilas, se repliega. Ruedan las arenas. Y se enhiesta la roca eterna, La Patria.

Se ha sabido recoger el sentido de un discurso, que no es más ni menos que el patriotismo sublevado. Contra los militares sublevados se sublevaron las masas. Contra la invasión se ha sublevado el patriotismo solar, roquizado, celtibérico de nuestra España. Lo que el Dr. Negrín procura es darle un tono de gran sinfonía a la instintiva y rica erupción. Los pilotos sueltos, ahora, son discordes e inútiles. Conserve su soplo para la paz. En la guerra, todos a henchir los órganos de la nación en peligro.

Estamos viviendo unas horas cargadas de amenazas. Pero poseemos la experiencia de que hasta para los hundimientos hay un tope. Detrás de nosotros no hay nada más importante que el empujón angustioso de la Patria.

Nuestros abuelos que roturaron la tierra, y los pequeños espectros de los muertos por la aviación extranjera, nos aconsejan honrar su casta y su Historia. De aquí en adelante no podremos satisfacernos con haber dejado cumplido diariamente el deber. Hemos de atender lo solicitado al Pueblo por el Dr. Negrín: La puesta en vigor del patriotismo integral.

viva enseñanza para su situación. El que da primero da dos veces. Aunque tenga delante un ario legítimo. Esperar a que le zurra una y «encajar» golpe tras golpe, es exponerse a tener que tirar la esponja y, lo que es más triste, a tirarla cuando el «mach» está terminado.

P.

Luchamos por asegurar la independencia absoluta de España, sin trabas ni más límites que los que impone un derecho común para establecer los vínculos y relaciones entre los pueblos. Derecho de recto abolengo español y cuya raíz se encuentra en el Dominio Bartolomé de las Casas y hasta en el Doctor eximio Pío Pedro Suárez, y en el precursor del Derecho Internacional, Francisco de Vitoria. (Del último discurso del Doctor Negrín).

Resistir era y sigue siendo hoy día abrir paso a la victoria. Cada día de resistencia era y sigue siendo un nuevo as en nuestro juego. Y el pueblo entero atendió a nuestra demanda. Y Cataluña, apretada por los invasores, con admirable brio, tensa la voluntad, con ánimo decidido y pujante, supo resistir y rivalizar en heroísmo con otros pueblos de España, como sabe resistir hoy Levante, donde he percibido en el ademán y en el ambiente, la resolución energética de no dejar hollar impunemente su suelo y de aplastar al invasor. (Del último discurso del Doctor Negrín).

Mientras haya un puñado de tierra nuestra; mientras haya un pecho en que palpita un corazón español, si está en juego el porvenir de nuestra tierra, se sucumbe o se vence. Y se vencerá. (Del discurso de Negrín).



Mussolini y su Estado Mayor

1 El «Duce» ha celebrado una larga reunión con el Estado Mayor del Ejército.

Aunque se ha guardado el más riguroso secreto sobre lo tratado, hay quien asegura — ¡oh las malas lenguas! — que la cosa ha sido de «altura». Sí, señor, de mucha «altura». Se basan, para hacer tal declaración, en que los reunidos en esta ocasión, contra costumbre, en vez de estudiar cartas geográficas, tenían delante de la mesa — ¡agárrense ustedes! — nada menos que un modernísimo mapa astronómico y parece que señalaban con mucha insistencia hacia determinado planeta, muy conocido por su fulgor rojo. Eso de que aún haya un astro «coloso»...

Los últimos informes que nos llegan de Marte acusan gran intranquilidad y nerviosismo, después de sabida la tal reunión.

— ¡Oh manes del mismísimo Júpiter tronante! ¿Será posible...?

Hablan los académicos... facciosos

2 Serrano Suñer, el ex-Catedrático y cuñado del «Generalísimo», actual Ministro del Interior (¿del interior de qué?), ha dicho recientemente: «El Sindicato vertical afuera da lugar a exhibicionismo de torpe ingenio a los frivolos».

— Nada, ¡qué gusto da oír hablar a estos tíos!

Claro que ahora, con muchísima razón, podrán decir ustedes: «¡Pero si no los entiende ni Dios...!»

— Otra que tal. Pero, señores ¿quién estaba hablando ahora de eso?

Franco, Ciano... ¡y la órdirga!

3 El Conde Ciano, el yerno y Ministro de Negocios Extranjeros de Mussolini, ha dado a conocer al Embajador británico en Roma las condiciones estipuladas por Franco (?) respecto a la acción de la aviación fascista sobre los buques mercantes que vengán a la España republicana.

— Bueno, qué se le ha perdido a Ciano — y con él a todos los italianos en general — en tal pleito? ¿No tiene designado Franco un «Agente Comercial» en Londres, para que sirva de enlace cerca del Gobierno inglés? ¿Sí? Pues, entonces, no era a dicho Agente a quien correspondía transmitir el encargo?

— ¿...?

— Perdón, señores, nos habíamos olvidado, buscando el sentido de la Lógica, de la realidad española y de la intervención italo-alemana. ¡Ah!

El «Generalísimo» o la «generosidad» personificada

4 Y a propósito. Ya que hablamos de las condiciones de Franco en orden a «su» aviación. Una de las tales, en tono solemne y magnánimo, dice: «Mis aviones se abstendrán de bombardear a todo barco mercante que se encuentre en alta mar.»

— Tenemos noticias que, ante semejante altruismo, los navegantes del Pacífico han dado un hondo respiro de satisfacción. ¡Con lo cerca que ya se veían venir la cosa!

Juan ARTILLERO

NUESTRA CAUSA

LA MUJER ESPAÑOLA EN LA GUERRA

Entre tantas cosas de distintos matices como han ocurrido en el transcurso de la guerra que sostenemos contra el invasor, tenemos una que por lo notable merece atención, en lo que respecta a la mujer española de la zona leal.

La mujer española, especialmente la mujer joven, hasta poco antes de producirse la sublevación militar-fascista contra la República, tenía un concepto de la vida, por múltiples causas y prejuicios heredados, contrario al que la mujer moderna debía de tener, para vivir en un país democrático de trabajadores. Para la mujer—salvo excepciones—lo mejor de su vida consistía en preocuparse mucho adornándose artificialmente para hacerse graciosas al galán del «ensueño» que al anochecer tenía que cortejarlas. Ello era una demostración de que la mujer tenía, lamentablemente, mucha falta de orientación en la lucha social de nuestro pueblo.

Después del triunfo de las elecciones últimas del Frente Popular, hubo una campaña—por cierto muy provechosa para despertar a la mujer—y también a algunos hombres—del sueño eterno en que vivían hasta llegar poco a poco a quitarles la venda que tenían puesta sobre los ojos e indicándoles el camino que necesitaban seguir para llegar de verdad a ser mujeres y dejar de ser esclavas, puesto que el recobro de su libertad era Ley Constitucional de la República.

En la lucha que nuestro país sostiene contra los ejércitos de Hitler y Mussolini—aunque no quiera conocerlo así el Comité «intervencionista» de Londres—, la mujer española ha estado demostrando día tras día su capacitación cada vez mejor, en los problemas político-sociales y económicos que vive nuestro pueblo. Ha llegado a conocer mucho el sentido de nuestra lucha heroica—lucha por la emancipación de ambos sexos y de todas las edades—contra el invasor, por la independencia y las libertades de España.

El entusiasmo y la animación en la lucha ocupando los lugares de trabajo y capacitación en las organizaciones, en la Academia, en los hospitales, en las oficinas, en la fábrica, en el taller y en el campo, por las madres que piensan en el

porvenir de sus hijos; por las compañeras que ayudan a sus maridos; por las hermanas que ayudan a sus hermanos; por las novias que trabajan sin descanso en espera del combatiente que después de la victoria las hará felices, demuestra el progreso constante que ha adquirido la mujer en los veintitrés meses que vivimos de guerra.

Esta elevación cultural que se aprecia en la mujer, no adquirida por imposición sino por convencimiento propio de mujeres que quieren borrar un historial retrogrado y decadente renovándolo por otro de libertad mejor y más moderna, que tanto beneficio le traerá a la mujer en el porvenir, es digno, para los combatientes que luchan en defensa de la independencia de España y de la libertad, del máximo agradecimiento, de los mejores elogios y de las más distinguidas consideraciones, por reconocer en esta gesta de la mujer, el paso decisivo que necesitaba dar para saber sentirse verdaderas madres y enterrar para siempre, junto con el fascismo, el vicio gangrenoso que las envolvía y hacía de ellas simples objetos de escaparate.

Posiblemente habrá todavía algunas mujeres que titubean creyendo que el trabajo para la mujer es una bajeza. Nada más lejos de la verdad. Que se resignen, pues, a creer todo lo contrario y sabrán dignificarse a tiempo y cumplirán un gran deber para con la Patria. La guerra actual necesita del esfuerzo y sacrificio—muy agradecido—de todos los que trabajando ayudan a honrar más el gran prestigio de nuestra raza.

Ciudadanas que sabéis ser dignas con vuestro comportamiento en el trabajo del momento histórico que vive la España democrática y republicana: vuestros camaradas combatientes cariñosos y fraternalmente os saludan y os dicen que continuéis sin vacilación aportando vuestro fructífero esfuerzo en defensa de España y de la República para, entre todos los buenos españoles, aplastar totalmente a los criminales invasores fascistas y poder, después de la victoria, disfrutar una vida completa y hermosa de trabajo y felicidad.

Antonio BOLUFER

Comisario Político del destructor «Escarpa»

La emisora de la Flota

Es interesante conocer la labor tan intensa y tan fructífera que ha cumplido hasta hoy la Emisora de nuestra Flota.

Sabido es que las Emisoras leales, que son bien pocas por cierto, disfrutaban a pesar de todo de un presupuesto de gastos verdaderamente cuantiosos, teniendo, además a su alcance, todos los elementos de una buena Emisora.

La Emisora de la Flota, al igual que esta, actúa con sus medios propios y por encontrarse lejos del mercado nacional de Barcelona, de Madrid y de Valencia, no puede adquirir como otras los medios que necesita. Sin embargo, es muy

posible que no exista otra Emisora que haya rendido el trabajo que ha logrado la nuestra. Puede afirmarse esto por la organización que tiene y lo mismo el anterior Speaker, compañero Alfredo Salvador, cuyo trabajo incansable solo aplausos merece, como el que está actualmente, compañero Chaperó, cumplen al pie de la letra la vasta organización que traza el Comisario General.

Dos y tres emisiones diarias de música variada de zarzuela, de ópera de cantos regionales, etc.; parte de guerra, diario hablado de noticias nacionales y extranjeras, selección de artículos de política in-

ternacional, de comentarios que enjuician los crímenes del fascismo invasor de nuestra Patria, de conferencias de los Comisarios, de arengas al campo faccioso, en una palabra: de defensa constante del pueblo, de la República y de su Gobierno legítimo.

Cuando hayamos de referirnos a los marinos mercantes extranjeros que, portando sus preciosos cargamentos, visitan actualmente nuestros puertos, forzoso será establecer dos categorías: de una parte, aquellos que, al venir, no lo hacen sino en cumplimiento riguroso y estricto de obligaciones profesionales y con la vista puesta siempre en el valor astronómico de los fletes de guerra (espíritus fríos y utilitarios); de otra, quienes, además de la cosa profesional y de la legítima aspiración de orden económico, saben poner en ello—porque lo sienten, claro está—acentos simpáticos y elevados de tipo moral y espiritual. Los primeros, desde que arriban a nuestras costas, están ansiando la hora de acabar de depositar sus mercancías en nuestros muelles y quedar libres para hacerse de nuevo a la mar, saliendo de los peligros propios de toda nación en guerra; los segundos (espíritus abiertos y desinteresados), parecieran más bien como retardar su estancia entre nosotros, cual si se sintiesen ganados e identificados por la grandiosidad de nuestra lucha y resistencia frente a las poderosas fuerzas de la invasión.

A esta última categoría pertenece el Capitán Roberts, excelente persona, que, desde el primer momento de sernos presentado, logra hacerse con toda nuestra simpatía. Es un hombre que a los valores anteriormente apuntados une un agudo sentido político.

Sabemos que ha visitado varios puertos facciosos, y aprovechamos su estancia entre nosotros para obtener sus impresiones.

Henos ya a bordo de su buque, el vapor «Claro Lilley», dispuestos a preguntarle.

—¿Qué tal el espíritu de guerra de la gente en la otra zona española?

—¡Oh! La gente, en general, está ya muy cansada de la lucha y deseando, por momentos, terminarla. Sólo la presencia de las numerosas tropas italo-alemanas imponen la continuación del conflicto, evitando, de paso, que el malestar popular tire por la borda a la minoría de españoles que siguen a Franco. Este mismo cansancio producido por la duración de la guerra, lo he podido notar también en la España republicana. Ahora que con una diferencia notable:

los facciosos, solo lo dicen los miles de cartas que llevamos recibidas de Francia, del Marruecos francés, de Bélgica y hasta Inglaterra, diciendo que nuestra Emisora la escuchan con devoción miles de radioescuchas.

Ahora mismo desfilan nuestros Comisarios, diciendo desde el micrófono la verdad de nuestra Patria y el crimen de los invasores. Son diez minutos cada día de verdades depuradas que llegan ante los amigos que sufren en la zona invadida y que cae como un soplo de aliento en su rebeldía.

No son discursos vacíos de charlatanes de oficio, no; son las voces amigas que alientan nuestro sacrificio por España y por sus hijos que mueren despreciando altivos

TRES PREGUNTAS
AL HABLA CON UN CAPITAN MERCANTE INGLES

POR JUAN DEL MAR

que se quiere el fin de la lucha, pero con condiciones; es decir, se desea la paz, mediante la victoria, nunca a cualquier precio.

—Y respecto a la presencia de los invasores?

—Como digo, a la desgana resultante de lo prolongado del conflicto, ha venido a unirse una cuestión que ha de reportar, a la larga, enormes beneficios al Gobierno legítimo español y a sus armas: y es que, en la otra zona, todo el mundo está ya hartándose de italianos y alemanes. Yo mismo lo he podido comprobar. Ello responde a la psicología especial del pueblo español, reforzada con la experiencia de la Historia. Y es que—está suficientemente probado—hay una cosa que ningún natural del país, que ningún auténtico español aguanta: La presencia en el suelo patrio, en plan de invasores, de gente extraña. Eso de que, allí, todos hayan de pensar y proceder de acuerdo al patrón o modelo que en cada caso les marquen expresamente desde Roma o Berlín, es algo que no tolera ni ha tolerado jamás español alguno. Tolerará otras cosas, repito, pero eso no. De ahí que todos se vayan revolviendo, cada día con más bríos, contra semejante situación, y cuyas consecuencias no tardarán en tocarse.

—¿Qué hay sobre la política conservadora inglesa en orden a España?

—En los primeros meses, merced a la habilidosa propaganda desplegada en Inglaterra por el fascismo internacional, que se pretesdía presentar ante nosotros la cuestión española en lo que se refiere al «bando» republicano, como una situación caótica, sin orden ni ley, la verdad sea dicha, no contaba entonces con grandes simpatías la causa republicana en la masa general de la opinión pública. Luego, a medida que se ha ido haciendo luz en torno a nuestra guerra, y sobre todo, a medida que han venido a visitarnos las altas figuras de la política de mi país, quienes pudieron apreciar, sobre el terreno, la verdadera situación, vuestra causa ha ido ganando opinión, movimiento que hoy es muy fuerte. Por cierto que Mr. Chamberlain creyó ver en la gestación de dicho movimiento, especialmente en lo que se refiere a las capas sociales inferiores, la obra de los agitadores políticos de

la oposición, que, sin escrúpulos, al socaire de la cuestión española, trataban de enfrentarle políticamente al Gobierno conservador la gran masa de gente descontenta por por otras múltiples razones (obreros parados, salarios bajos, vacaciones obreras, etc.). Mr. Chamberlain creyó encontrarse, en el primer instante, con un problema social o económico, o dicho de otro modo, con un problema político—sin base real—a resolver mediante ciertas medidas económicas. Así, lo creía firmemente. Y el hombre estaba convencido de neshacerse de tal movimiento de opinión adversa, o al menos de reducirlo a su mínima expresión, en cuanto le dijera a la gente que el Gobierno iba a aprobar las medidas en cuestión. Influyó en el ánimo del jefe conservador de mi país aquello de que «el obrero inglés era el de espíritu más burgués del Mundo», y que, por tante, en cuanto circulase el dinero en todas las manos, se alejarían muchas preocupaciones desapareciendo el orolema suscitado respecto a la política exterior del Gabinete. Pero a estas horas, ante la creciente reacción de la opinión británica, que ya comprende incluso a bastantes diputados conservadores, Mr. Chamberlain se habrá tenido que cerciorar de su error tremendo, y que la cuestión es de aspecto distinto a como él la suponía, así como que el asunto español y la manera de orientar la política internacional por el propio Chamberlain y sus colaboradores, tienen más «miga» de lo que parecía, habiendo conducido a un callejón sin salida airoso, que viene costando—y habrá de costar—muchos disgustos a los actuales gobernantes británicos, tanto en el Parlamento como en la calle.

* * *

Tales han sido las declaraciones del cordial capitán Roberts, con referencia a nuestra guerra. Luego, la charla deriva hacia otros aspectos de la vida, de todo lo cual hacemos omisión al lector, en gracia al interés periodístico, despidiéndonos, finalmente, de abordado del buque, después de haber pasado un rato en tan grata compañía y de obtener la idea de hemos estado en presencia de uno de los extranjeros mejor enterados de la marcha del Mundo y de nuestra guerra.

las balas y la metralla del invasor asesino.

La Emisora de la Flota puede ofrecer como orgullo esos miles de cartas entre las cuales descuellan firmas que honran a nuestra Flota y puede ofrecer, además, el odio con que la tratan las emisoras facciosas.

Esa es su ejecutoria.

UN ADMIRADOR.

Por exceso de original dejamos para su publicación en el próximo número de LA ARMADA, varios trabajos de colaboración recibidos en nuestra Redacción

Imprenta CASA GARNERO

Ataque y defensa de costas

Es a partir de la Gran Guerra cuando comenzaron a divulgarse los estudios de técnica bélica, aprovechando las experiencias que brindó aquel gran conflicto.

Vamos a ocuparnos de lo que se ha escrito sobre ataque y defensa de costas. ¿Estudios de esta técnica bélica en los últimos años? Encontraremos inmediatamente opiniones contradictorias.

De una parte, von Edelsheim, en su *Operaciones navales*, asegura que ningún desembarco ha podido realmente ser evitado. Frente a su tesis, Albert Grasset (*Défense de Côtes*) mantiene que los intentos de desembarco que fracasan terriblemente son los más numerosos.

Es forzoso analizar, estudiando ambas teorías, a base de ejemplos existentes.

Influyen diferentes factores que modifican toda suerte de posibilidades. Hay, naturalmente, enorme diferencia entre el intento de desembarco de un ejército o de un cuerpo de ejército o de pequeñas secciones.

Los ejemplos que da la historia sobre dificultades de desembarco, son desoladores para los atacantes, en la mayoría de los casos. Recuerdese los intentos malogrados de Normandía, Bretaña y Holanda; y, más tarde, los de los tiempos napoleónicos. En 1809 zarpó de la costa inglesa una expedición hacia la deseada bocadura del Escalda, decidida a conquistar Amberes, para romper el bloqueo continental. Eran treinta y cuatro buques de línea y veintidós fragatas que transportaban cerca de cuarenta mil hombres. Tuvieron que desistir de

su empeño de desembarco, después de sufrir grandes pérdidas.

Sin embargo, dos años antes, aprovechando la tardía adopción de medidas defensivas, los ingleses lograron realizar un desembarco en la costa de Dinamarca. Hay que recordar, no obstante, que pudieron atravesar el Sund sin obstáculos; las mejores tropas danesas se hallaban en la frontera de Hölstein, y no podían acudir a la defensa de Copenhague. Peymann se vió obligado a capitular. Dantzig corre igual suerte, el mismo año, después de haber fallado los intentos de socorro. Y sin embargo, la pequeña fortaleza marítima de Kolberg, apoyada por el espíritu ofensivo de Gneisenau, y la valerosa a y u d a y sacrificio de su guarnición y población, supo resistir victoriosamente.

Pequeño éxito tuvieron las cinco expediciones de desembarco que se hicieron entre 1745 a 1814 contra los Estados Unidos; y se encuentra la más elocuente prueba de que tropas mal organizadas pueden derrotar a un veterano cuerpo de desembarco en el hecho de que en 1830 los franceses intentaron desembarcar en Argel treinta y cinco mil hombres que llevaron en ciento cinco navíos de guerra y cuatrocientos ochenta y siete buques mercantes, siendo contundentemente rechazados.

Veamos ahora algunos acontecimientos de esta índole en el siglo XX.

Los rusos no impidieron los desembarcos japoneses (1904-1905). Lo mismo ocurrió con los italianos en Trípoli y Bengasi.

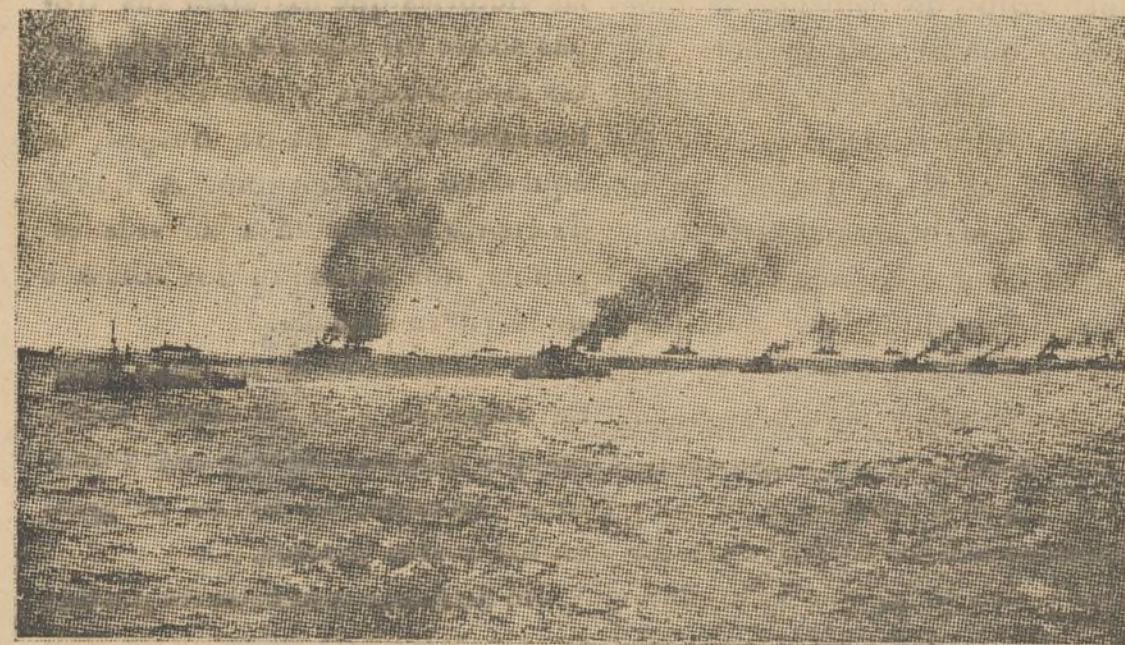
Los aliados insistieron, reforzando su escuadra considerablemente. Querían conseguirlo a toda costa. Las baterías turcas hundieron cuatro grandes acorazados y causaron daños a varios más que hubieron de retirarse del combate. Frente a una cantidad innumerable de atacantes, los defensores de la costa resultaron victoriosos con un número de bajas relativamente pequeño.

La escuadra alemana consiguió desembarcar sus fuerzas en las islas Oesel, ante la bahía de Riga, a causa de la desobediencia de la flota rusa a la orden telegráfica de Kerenski. Las tropas alemanas consiguieron, casi sin lucha, la total ocupación de las Oesel. Pero los mismos técnicos germanos reconocen que se trató de una victoria sin lucha. Los marinos rusos, sin fe en Kerenski y hartos de una guerra que no les interesaba, se negaron a combatir. Sin estas circunstancias, quizás, el desembarco

hubiera sido difícil o imposible.

Se malogró el intento de desembarco de las fuerzas indoinglesas en Tanga, costa africana, por el comportamiento heroico del mando y la guarnición. No obstante, cuando la superioridad numérica fué arrolladora, pudo realizarse la operación.

En una acción bélica de esta clase, como en las de otro tipo, es preciso aprovechar el momento de debilidad del adversario. En todos los ejemplos enumerados se ad-

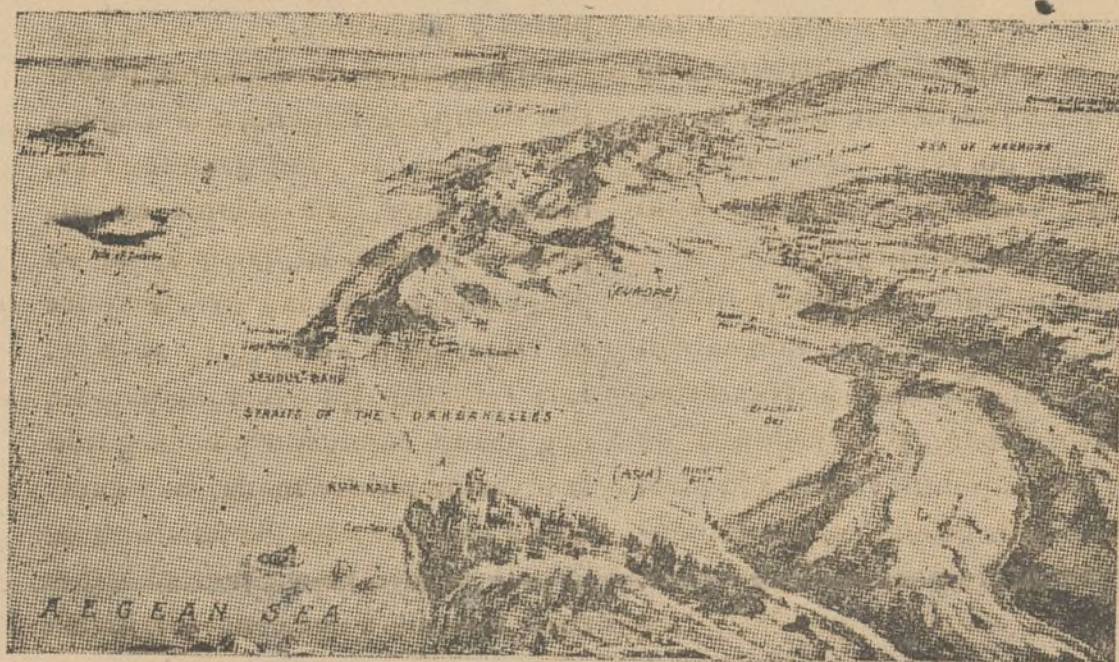


Las escuadras aliadas frente a los Dardanelos

vierte que existe, muy acentuada, la posibilidad de que el final de un ataque de esta categoría no haya sido estéril para el defensor. Esta posibilidad se basa en la «defensa indirecta» que da el golpe en el tiempo, y, según las circunstancias, por una contraofensiva en masa, aprovechando los momentos de desaliento del atacante fatigado.

Moltke en 1830, cuando temía un desembarco francés, y a falta

para acumular flotillas, transportes de tropas y material bélico en ciertos puertos de embarque no quedaban ocultos a un buen servicio de agentes de información, observación aérea y marítima. La rapidez de la transmisión de las noticias evita el momento de sorpresa y el secreto de las intenciones. Si el país atacado ha previsto las medidas de su defensa nacional (tierra, mar y aire) y se vale de su us-



La entrada de los Dardanelos con la línea de minas que impedían la incursión de los buques enemigos

de una flota que combatiera, ordenó que una primera línea defensiva fuera establecida a lo largo de la costa entre Bremen y Hamburgo y una segunda línea, más corta, entre Uelzen y Hannover.

La duración de una operación de este tipo, incluida la previa conquista del terreno para asegurar el desembarco de tropa y material, dependerá de la envergadura de la operación proyectada y de los medios defensivos del adversario. Es necesario estudiar algunos ejemplos de desembarcos que no fueron, o casi no fueron molestados por el enemigo y que se realizaron bajo circunstancias atmosféricas favorables: los ingleses desembarcaron el 21 de agosto de 1807 en la bahía de Kjögge, al sur de Copenhague, ocho mil doscientos setenta hombres y dos baterías, en seis horas; en su ataque a Wei-hei wei, cerca de Schuntschung desembarcaron los japoneses veintisiete mil hombres, quinientos ca-

rioridad táctica en la primera fase del ataque con energía y valor, es muy difícil un desembarco, aunque sea de gran envergadura.

Los técnicos militares de la antigua guerra aseguran que la defensa de costas es imposible, y que un desembarco es siempre factible. Este aserto no se ha podido comprobar. Lo que puede afirmarse es



Vista panorámica de los Dardanelos y de los fuertes que dominaban el Estrecho

Sección Técnica

EL TIRO NAVAL

(Continuación)

La observación en combate es de tal importancia, que incluso se intentó efectuarla destacando unidades ligeras que, situadas en las aguas del enemigo, transmitían la observación por radio. Pero esto envuelve un gran error táctico, pues el enemigo perturbaría la misión de aquellas unidades atacándolas continuamente con destructores e interfiriendo las comunicaciones del buque observador.

Este procedimiento de observación, que fué practicado por los ingleses en la batalla de Dogger Bank, con bastante resultado, no puede realizarse hoy con completo éxito por la imposibilidad de que las unidades encargadas de la observación consigan ocupar la posición más conveniente. Así, pues, la observación queda supeditada a efectuarla desde a bordo y con los medios de que se disponga.

Para observar un desvío de 100 m., a 20.000 de distancia, es necesaria una elevación del Observador de 400 a 500 m. de altura, y, no siendo posible elevar tanto la cofa de los barcos, se buscó la solución, efectuando la observación desde globos remolcados por los buques. Este sistema, de gran resultado cuando se trata de bombardeos contra las costas, no puede emplearse en combate por no poder resistir los globos las grandes velocidades de las unidades de combate. La aviación también se utilizó para la observación con grandes resultados en los ejercicios, augurándole un gran papel en las futuras guerras en que se tenga que tirar contra blancos ocultos al iniciarse el combate, en el que solamente la aviación pueda, además de dar la observación, servir de blanco auxiliar, que transmita la distancia y demora del enemigo, colocándose en su vertical; posición difícil de mantener, pues lógicamente el enemigo tratará de perturbar su misión, batiéndola con su artillería antiaérea.

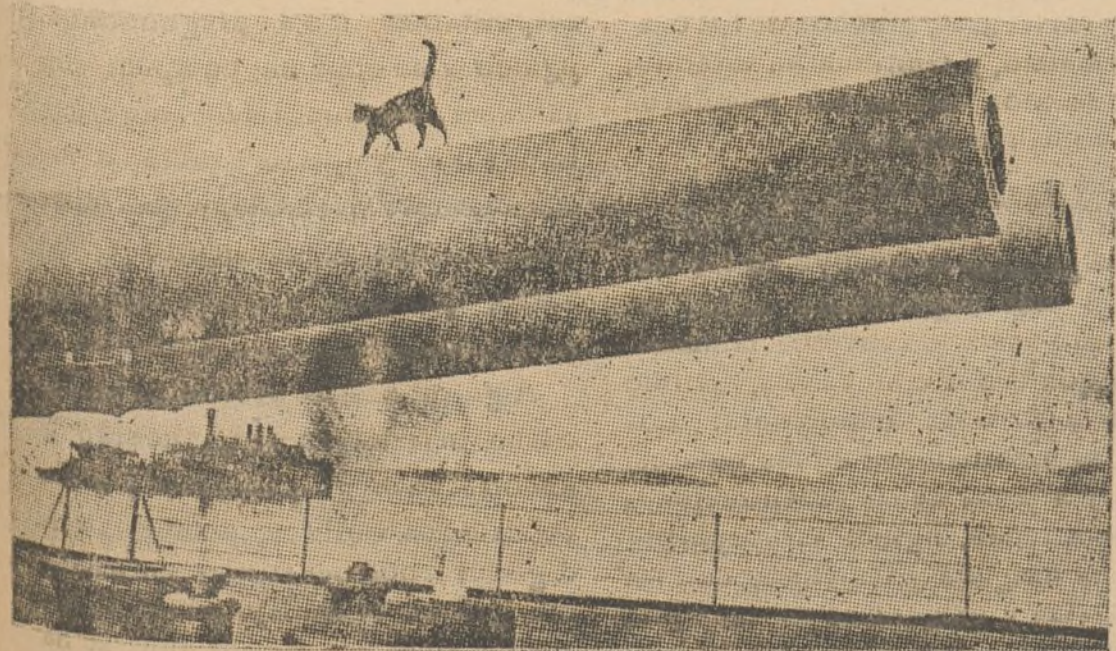
Puesto del Director de Tiro

Es muy humano que el Director de Tiro se deje influenciar por su propia observación, sin tener en cuenta que en los puestos dedicados exclusivamente a ella se cuenta con mejores elementos, y al tratar de fiarse de sus indicaciones personales, pudiera introducir correcciones que no fuesen verdaderas y que originarían el descentrado del tiro. Es necesario por esto que tenga absoluta confianza en sus observadores, y que se compeñete con ellos, para lo cual los habrá instruido personalmente.

M. N.

(Continuará)

que siempre que se logró un desembarco con la protección de una flota, fué en costas de preparación defensiva deficiente y descuidada, en la que faltaba, además, una tropa que se encontrara en su puesto y carecía de la decisión y la voluntad de resistir y de vencer.



Los cañones del «Queen Elizabeth». Verdaderos monstruos de acero, de 15 pulgadas, que lanzaron enormes proyectiles sobre los fuertes que defendían los Dardanelos



La vigorosa diatriba de Lloyd George

La guerra no la quiere nadie en los países democráticos. Precisamente por serlo. Son ellos los que deciden por sí mismos, ahora más que en 1914, acerca de su presente, y en lo que es posible, de su porvenir. Pero no querer la guerra, sentir repulsión por ella, no quiere decir, inclinarse ante los agresores y rendirles acatamiento, entregarse resignadamente, a los atracadores que en la hora presente disponen de vidas y haciendas en los países que por cobardías o por debilidad no saben o no quieren, poderlo pueden todos, defender su independencia.

Lloyd George ha replicado a Chamberlain en términos tan rebosantes de sentido común, que el discurso del Subsecretario de Estado, Bulter, ha causado entre los propios conservadores, tan lamentable efecto como el que hicieran las explicaciones deshildanadas y huérfanas de convencimiento dadas por el Jefe del Gobierno en la sesión del martes en la Cámara de los Comunes.

Lloyd George ha planteado el problema de los ataques a la Flota Mercante británica en términos irrefutables. «No ha querido partir del principio archicomprobado, de que son aviones italianos los agresores. Los ataques—ha dicho—parten de los aviones «nacionalistas». Pero éstos tienen su base en Palma de Mallorca que es de donde salen. Lloyd George propone que sabiendo de donde proceden los agresores, Inglaterra debe replicar a las agresiones bombardeando el aeródromo de Palma. Esto sería la guerra para Chamberlain. ¿La guerra contra quién? ¿Contra Franco? Este es un rebelde, al que no ha reconocido Inglaterra. Si comete la osadía y el crimen de causar daños a los intereses británicos y de segar vidas de ingleses, es lógico que se le aplique la sanción debida. ¿Contra Mussolini? Si este replicara reconocerla entonces su responsabilidad de ser el autor de las agresiones a Inglaterra. ¿Está dispuesto Mussolini a asumir esta responsabilidad? Lloyd George no lo cree. Lo más probable es que tampoco lo crea Chamberlain. Y si Mussolini se liara la manita a la cabeza e incurriera en la locura de relar a Inglaterra no es de creer que esta imitara la actitud de Austria ante el atraco de Alemania.

Son los intereses del Imperio los que están en pugna con la política de Chamberlain sin necesidad de emplear el argumento de que los buques mercantes ingleses atacados por los piratas del aire italoalemanes no llevan cargamento alguno bélico—como ha declarado el propio Chamberlain—que pudiera justificar, según el criterio de los fascistas, la agresión. Y porque es el Imperio el que se siente lastimado, sufriendo la humillación de ceder a los retos y a las arrogancias de los Enanos de la Venta que no pueden, aunque quieran enfrentarse con Inglaterra de cuyo dinero necesitan para ir viviendo. La diatriba de Lloyd George es la acusación más formidable que se ha dirigido al no intervencionismo inglés. Porque Lloyd George no ha planteado el problema de las agresiones italoalemanas en el terreno sentimental localizándolo en España para que ante la lista interminable de víctimas causadas entre las mujeres, los niños y los no ancianos, los no intervencionistas sintieran heridas sus fibras más delicadas, sino que se ha referido exclusivamente a Inglaterra. Y como que es contra Inglaterra, representada por sus barcos mercantes, que se lanzan las bombas de los aviones italoalemanes, no es de creer que ceda a la amenaza de ir propalando las agresiones para poner en ejecución el acuerdo angloitaliano que es el áncora de salvación a que se agarra Mussolini para salvar a Italia del desastre económico a que la ha abocado y para proseguir, con dinero inglés, la invasión de España. Porque contra España se ha ido cometiendo infamia tras infamia, pero no es de creer que en nombre de la no intervención se incurra en complicidades bochornosas y criminales que el mundo no puede avalar por mucho que haya descendido el nivel de su sensibilidad.

tronos, organizaban estos, premeditadamente «conflictos sociales».

Después de «parado» el primer golpe y deslindados los campos, esa minoría engrosada por los «colegas» de todas partes e innitrida entre los auténticos milicianos, cometieron muchos actos reprobables que los traidores, en su falsa propaganda, cargaron a cuenta de los que desinteresadamente, llenos de fe y amor fraternal dieron, dan y seguirán dando su sangre generosa en defensa de la causa del pueblo y por la independencia de España en tierra, en el mar y en el aire.

Ese enjambre de indeseables, incontrolados y también, sin perder estas propiedades con un llamante carnet, manteniéndose «prudentemente», en la retaguardia, ocupados en servicios de abastecimientos, muchos de ellos, con magníficas «cazadoras» de piel y abundante dinero servían de enlace casi diario entre los prostibulos de la ciudad y de los frentes, muchos de los cuales estaban, y continuarán estando, en conexión directa con miembros del «Socorro Blanco».

Una vez formado el Ejército Popular e implantado el Mando único, dicha gentuza se recluyó en las ciudades más importantes dando lugar en ellas a los sucesos lamentables que todos conocemos, debido todo a su obra demoledora. Los que se mantuvieron en los talleres, y hoy a pesar de las movilizaciones se mantienen, siguen «trabajando» con la desgana pernicioso, con las protestas y exigencias de siempre, entorpeciendo el ritmo del trabajo de los que verdaderamente rinden su máximo esfuerzo y dando su tributo de sangre cuando la aviación

negra ejecuta sus incursiones criminales y alevosas.

Esta clase de «camarada» la hemos observado en casi todos los sitios de la España leal que hemos visitado. Son pocos atortunadamente, pero lo bastante para que haya mas de un ejemplar en todos los lugares de trabajo. Siguen, como siempre, adulando a los responsables y maestros que se dejan adular, que también los hay. Estos últimos que deben hacerle cumplir con su obligación, algunos no lo hacen, si no adoptan la cómoda posición de «hombre bueno»; pues como ellos mismos dicen «yo no me meto en nada», «no quiero señalarlos», y naturalmente, cuando se observa la holganza descarada de los que no quieren trabajar y la contemplación pasiva de algunos responsables nos preguntamos: ¿Quiénes de ellos no cumplen con su deber, esa minoría de «obreros» indeseable y perturbadora, o los responsables del trabajo que «pacientemente» lo consienten? ¿O es, acaso, que unos y otros cumplen estrictamente con otro «deber»?

Ago de «esto» ocurría en nuestra factoría naval. Hoy, debido a los directivos, responsables y a los verdaderos obreros, podemos enorguillarnos del ritmo entusiástico que en el trabajo ponen todos y cada uno. Lo mismo que se ha conseguido en esta debe conseguirse en todas.

BESARO

Ningún español ha tolerado nunca pensar al dictado del extranjero invasor

UN SEGUNDO VALENCEY

«Vendida toda, de río a río, de monte a monte, de mar a mar».—ANTONIO MACHADO.

¿Hay algún ejemplo en la Historia universal, que recuerde el que vienen dando los franquistas a la generación de la postguerra? Claro es que el concepto de Patria y el de nacionalidad evolucionaron mucho y que, hace quinientos años, no tenían la amplitud y la significación que hoy tienen. La Francia, la Alemania, la Italia, la Rusia y la España del siglo XV, no fueron lo que hoy son. Estaban naciendo las monarquías absolutas, embrión de los Estados modernos. El feudalismo retrocedía ante ellas. La fidelidad del súbdito era combatida por intereses graves de orden local, social, político y religioso. Se había visto al buen Juan francés derribar setecientos castillos de la nobleza, después de que esta huyera, en Crecy y Poitiers, delante de los dardos silbadores de la infantería británica. Iba a verse al Condestable de Borbón y al Duque de Guisa, venderse a los españoles, para vengar agravios personales el uno, para saciar su ambición y su codicia el otro...

Pero la traición abominable contra la tierra donde se naciera, no contra el Rey y el régimen a que se había servido, fué siempre considerada como un negro crimen.

Es verdad que los privilegiados han confundido y confunden sus privilegios de jerarquía, clase y fortuna con el patriotismo. Una patria donde esos privilegios corran peligro, les pareció, en toda ocasión, indigna de sus cuidados y sacrificios. En 1808, los invasores napoleónicos tuvieron enfrente a la Iglesia y al patriciado, salvo una minoría que acató al intruso. No habían pasado cuatro lustros, cuando esa misma Iglesia y ese mismo patriciado llamaban a los Cien mil hijos de San Luis. Guerrilleros como Merino precedían, por Castilla, a las columnas del Duque de Angulema. Galdós estudió el fenómeno en unas páginas magistrales.

¿A qué se asemeja, en la Historia de España, el caso actual de los franquistas? ¿Al de los defensores del Rey Neto, o al de los afrancesados? Vale la pena investigarlo.

Los afrancesados fueron, con ex-

cepciones individuales debidas a egoísmos, temores y agravios, un curioso grupo de reformistas que no creían que su país pudiera, libremente, incorporarse a la evolución ideológica iniciada allende el Pirineo y que Napoleón, mal de su grado, fomentaba con sus triunfos. Aspiraban a una España sin fanatismos, sin servidumbres morales, curada de sus lacras históricas.

Se equivocaban. Iban a un buen fin por medios turbios. No comprendían que el objetivo y el procedimiento han de acordarse en un mismo plano y que la ignominia no ha abierto nunca las puertas de la libertad.

La razón y la lógica, estuvieron desde el primer momento, al lado de los doceañistas, ingenuos, cándidos, soñadores, pero sublimes. Querían una Patria digna y emancipada, progresiva y culta, mas se oponían a recibir tales bienes magníficos de manos de un conquistador extranjero. Y bajo las bombas de Víctor fabricaron un Código político y social, que señaló nuestra incorporación al concierto de las naciones modernas. Y lo ofrecieron a sus compatriotas. Y lograron que fuese proclamado y jurado. ¿Qué importa que el presidio, el cadalso y la emigración disiparan, en breve, sus rosadas ilusiones? El camino del porvenir no se cerraba por eso. Otros lo recorrieron y lo regarían con su sangre.

Poco después, la España liberal y la España absolutista, que habían luchado unidas contra Napoleón, se divorciaban, y la segunda de ellas, no pudiendo vencer a la otra, apelaba a los franceses. Ciertamente, Francia era borbónica de nuevo.

Con dolor y bochorno hemos leído que, recientemente, al cumplirse el año del incidente del «Deutschland» y el bombardeo de Almería por una escuadra alemana, la junta facciosa de Burgos, dirigió a Hitler un telegrama de pésame y felicitación. Péame por las víctimas del barco. Felicitación por la represalia del bombardeo. Y hemos pensado en aquellas cartas de Felipe VII, en que el manolo inde-

cente, que dijo Castelar, felicitaba a Napoleón, desde Valencey, por las victorias que lograban sus tropas sobre los españoles. Esas cartas monstruosas y ese inaudito e increíble telegrama de Burgos, se equivalen en el oprobio. Al través de ciento treinta años de vida española, nos muestran dos abismos de la vileza humana.

Sí. La traición de la casta militar hispánica y de las clases sociales que hicieron de ella instrumento de opresión, no tienen parigual en los anales patrios.

No hallamos antecedente posible en la enmarañada sucesión de cambios dinásticos, pronunciamientos, guerras civiles y revoluciones, de esa venta íntegra y total, imaginada y realizada por unos grupos de profesionales del sable, de clérigos, de aristócratas, de caciques y de terratenientes. Hay que repetir, una y mil veces, para calificarla, los trágicos y vengadores versos donde Antonio Machado describe a España «vendida toda, de río a río, de monte a monte, de mar a mar», por su Ejército, su Iglesia, su Aristocracia y su Latifundia. Los coblenzards, al lado de nuestros facciosos, son patriotas ejemplares y purísimos.

El liberal, el republicano, pusieron siempre a España, a la España que anhelaban ver grande, rica, fuerte y libre, por encima de sus propios ideales. El carlista, en su programa, pone a la Patria después de Dios, pero antes que al Rey. Los rebeldes que han solicitado, negociado, suplicado y conseguido la invasión italoalemana, han cambiado dos mil años de Historia de la piel de toro ibérica, con sus héroes innumerables, sus sacrificios sublimes, sus glorias inmarcesibles, sus monumentos dorados por infinitos soles, sus gigantescas creaciones literarias, por unos ascensos, unas talegas, unos escalafones y unos pactos de retro. Ni siquiera han sabido venderse a buen precio. Sin duda, la voz de lo subconsciente les avisaba, cuando estaban tratando, de que no debían pedir mucho, porque valían muy poco...

XXX

Máculas de nuestra túnica

Cuando, hace cerca de dos años, el pueblo tuvo que defenderse del traidor levantamiento de aquellos a quienes mantenía en holganza y bien pagados para que le defendiera mientras él trabajaba, fueron los obreros manuales e intelectuales, sin distinción de ideas, como un solo hombre, los que con su entusiasmo y pujanza sin igual derrotaron a los cabecillas y cabezotas en la capital de la República, en Cata-

luña, en Asturias, en el Norte, en Levante y demás pueblos y ciudades en que por su importancia fabril e industrial sus obreros lo eran en toda la extensión de la palabra y concepto moderno.

En dichas localidades, en sus talleres y minas existían, y existen, una minoría compuesta de vagos y parásitos de todas clases que, aunque pocos en número, siempre se han manifestado, y hoy también

se manifiestan, por sus continuas protestas atentos siempre a sus derechos sin quererse acordar de sus deberes, y sin más afán que el medrar a toda costa empleando la adulación con responsables y patronos o maestros, como también prestándose al repugnante papel de esquiroles o al más repugnante todavía de delator de sus «compañeros» en aquellas represiones que tenían lugar cuando ayudándole a los pa-